

Una crítica feminista a la Madre Pública Postdictatorial: los discursos de género en la campaña presidencial de Michelle Bachelet

Antonieta Vera¹

SÍNTESIS

Este artículo sugiere una lectura crítica de algunos discursos de la campaña presidencial de Michelle Bachelet. De un lado, en el contexto general de “la crisis de la representatividad”, ciertas articulaciones de las palabras “mujer” y “política” pueden ser altamente rentables en relación a la exigencia de una “otra” o “nueva” manera de hacer política. Por otro lado, en el contexto específico de los “post” de las dictaduras latinoamericanas, la retórica de la “unidad nacional” interpela heteronormadamente a la tarea civilizadora de la reconstrucción democrática. Es en el cruce de ambos contextos que reflexiono sobre un discurso estratégico de la supremacía moral de las mujeres como clave de lectura de una ideología del tiempo y de la diferencia que reproduce la aporía público-privado como límite de la política feminista.

ABSTRACT

This paper suggests a critical analysis of Michelle Bachelet’s speeches at the 2005 presidential campaign. On the one hand, in the general context of the “representativeness crisis” could be highly profitable to relate the words “woman” and “politics” with the demand of an “other” or “new” way of doing politics. On the other hand, in the “post” context of the Latin American dictatorships, the rhetoric of “national unity” question the civilizing task of the democratic reconstruction in a heteronormative way.

I will place my analysis there where both contexts meet each other to propose some ideas about the strategic discourse of women’s moral supremacy. I understand this discourse as a key to read an ideology of time and difference, that reproduce the public-private paradox as a limit of the feminist politics.

Palabras Clave: Michelle Bachelet - postdictadura - feminismo - esencialismo.

Key words: Michelle Bachelet - post-dictatorship - feminism - essentialism.

La Posición “Chile Postdictadura”

“Catástrofe política –vale decir, integral– chilena, *parálisis*. Así, de este modo, (transformado en momentos de nuestra propia conciencia) los *compañeros* asesinados por la dictadura vigilan nuestra total desolación, nuestra total desconcertación; y su *cabal finitud* no solo nos aleja de la alegría de los irresponsables, nos impide también toda frívola esperanza, fe o consuelo. Sobrevivientes de la derrota de la *única* gran experiencia *ético política* de la historia nacional –aquella que se condensa, se revela y se oculta en el misterio de la palabra *compañero*– contemplamos, lejanos, una historia, la de ahora, que si bien continuamos a soportar, no nos pertenece, pertenece, ella, a los vencedores del 73 y del 89: los mismos y otros (ingenuos, demasiado realistas o cínicos), apoyados, es cierto, todos ellos, por un pueblo, ante todo, *agotado*”.

(Patricio Marchant, 2000:213)

La cuestión del tiempo es el caleidoscopio con el que intentamos comprender el presente político de Chile. La categoría “Chile Postdictadura” propone una comprensión del tiempo distinta, por ejemplo, a la que sostiene la categoría “Transición”. El “post” señala un punto de inflexión, un hito que insiste sobre el presente, que atraviesa su economía. Se trata de una temporalidad atravesada por el malestar de una derrota que habla un lenguaje subterráneo, una melancolía que oblitera el duelo: la democracia fue pactada... la dictadura nunca cayó. La categoría “transición” por su parte, y la constelación de debates sociológicos sobre su inicio y su fin, parecieran inscribirse en una direccionalidad clara “hacia” el futuro, una línea nítida tendida hacia un punto de llegada certero: la victoria –progresivamente inclusiva– de la democracia.

Lo político es pensado de maneras diferentes según estos imaginarios del tiempo. Y es en ese sentido que recibo la palabra benjaminiana de Marchant: *pensar lo político desde la catástrofe*. Así, seguiré a Eleni Varikas cuando sostiene que el vigor de la perspectiva de la derrota se cifra en su gran fuerza explicativa y en su valor ético-político: “Ya que en la victoria hay indudablemente una forma de propensión al olvido (...) Este olvido es primero que todo *un olvido de la injusticia que aseguró la victoria* y que no llega hasta nosotros sin antes haber sido fijada en hechos positivos, en datos o funciones del tiempo presente; pero, como lo muestra con gran fineza Nicole Loraux, es también, paradójicamente, *el olvido de la injusticia contra la cual se consiguió la victoria*”.

y que los vencedores hacen olvidar a cambio de una legitimidad basada en el rechazo de la división y del conflicto interno” (2006, 76).² De esta manera, no son solo las tensiones internas que oculta la perspectiva positivista de la historia las que son reinterrogadas por la perspectiva de los/as derrotados/as, sino que también una política cuya legitimidad en el presente se cifra en el avasallamiento de las pasiones políticas que animaron la lucha contra la injusticia.

Entiendo “la catástrofe integral” de lo político en el Chile Postdictadura a partir de este normativo distanciamiento de las pasiones y del conflicto político, cuestión exhibida discursivamente en las retóricas públicas de la Reconciliación y el Consenso. Pienso estas retóricas en tanto llamados a la *unidad nacional*, apelación a la refundación de la patria y a la misión civilizadora dirigida hacia el progreso democrático. Es bajo estas coordenadas que interrogaré los discursos públicos sobre “la nación” y “la feminidad”, desplegados en el marco de la campaña presidencial de Michelle Bachelet.

Comencemos por esta pregunta: ¿Por qué la ideología del progreso y las retóricas que ésta anima –la Reconciliación Nacional y el Consenso– pueden ser entendidas como catástrofe?

Consenso y reconciliación han sido dos ejes discursivos de la política nacional desde que gobierna la Concertación de Partidos por la Democracia. Si la búsqueda de legitimidad hizo explícitas tales retóricas durante los 90, en los últimos años ambas ideas parecen ser parte del sentido común del/la “buen/a ciudadano/a chileno/a”.³

Podemos afirmar que las ideas de consenso y reconciliación son solidarias entre sí en la medida en que ambas remiten a nociones como equilibrio, justo medio, moderación. Sus especificidades, en cambio, ubican la noción de consenso al interior de un ordenamiento pragmático y elitista de la política, y la noción de reconciliación, en un ordenamiento simbólico-ritualista en el que adquiere radical importancia en Chile, el imaginario católico de la familia. Ambas retóricas son expresión de una democracia cuya estabilidad se cifra en la sistemática calibración de elementos ideológicos conservadores y progresistas. Así, si la lucha fue por la verdad y por la justicia, la victoria democrática porta los nombres del consenso y de la reconciliación.

El Chile de los 90 se encargó de recordarnos el estrecho

vínculo de las relaciones de poder género-nación, relaciones heteronormadas que reservan a “lo masculino” y a “lo femenino” tareas civilizadoras diferentes y complementarias. Tal como afirma Olga Grau,⁴ la familia aparece como un discurso de alto rendimiento en el Chile Postdictadura: para refundar la Patria, para “reunir simbólicamente lo que la dictadura ha separado” (1997, 101). Grau sostendrá que el signo familia será hiperrepresentado, sobredimensionado y sobrecargado de expectativas. Se generará así un desplazamiento de las expectativas políticas: frente a las demandas de solidaridad no satisfechas por la organización neoliberal de la vida introducida en dictadura, la familia aparece como el símbolo de integración en el cual se depositan las esperanzas de cohesión social.

La retórica de “la crisis” se despliega de maneras distintas en la resistencia al gobierno de la Unidad Popular y en la Postdictadura. “La crisis” fue también el soporte discursivo de la dictadura. Pero en tal contexto de represión y muerte, el convencer mediante la palabra pública se volvió –salvo la necesidad de legitimación internacional– algo en gran medida innecesario. En el contexto postdictatorial en cambio, la urgencia refundacional arrancaba del discurso público sobre la necesidad de reconstruir el tejido críticamente deteriorado de “la unidad nacional”.

Varikas (2006) sostiene que la retórica de la “crisis” revitaliza las relaciones tradicionales y jerárquicas de género. Si la política moderna ha dependido en gran medida de las relaciones de semejanza y reciprocidad entre familia y Estado, y si el modelo familiar porta en Chile la marca del catolicismo, la revitalización de tal modelo apelará a la idea de la mujer como pilar moral de la familia. Así, bajo el mandato moral del perdón y a través de la liturgia de la reconciliación nacional, la ritualización del imaginario de la familia deviene también ritualización de una “buena feminidad” nacional.

La cuestión que me interesa aquí va más allá de un femenino encerrado en el mundo doméstico y se focaliza en el discurso sobre un conjunto de cualidades “propiamente femeninas” que constituyen un recurso estratégico en el espacio político. La genealogía de tal recurso nos conduce a la siguiente pregunta: ¿desde cuándo las mujeres comienzan a servir de iconografía a “la moral”? Y es que si a partir de los discursos científicos y religiosos las mujeres han representado históricamente la encarnación del

cuerpo tentador, la irracionalidad, la debilidad, el pecado y la falla ética, es la división moderna de los espacios público y privado el hito que volverá “morales” a las mujeres.

La invención del argumento “científico” de “la diferencia de los sexos”, datado históricamente alrededor del 1800 (Laqueur, 1992), instalará la idea de una *naturaleza diferente y complementaria* entre hombres y mujeres. Tal “naturaleza” se vería “claramente reflejada” en el orden familiar. Como afirma Carlos Ruiz (1996), es solo en la modernidad que la familia comienza a ser pensada como modelo de comunidad política en directa relación al Estado. El *orden de los sexos* se mostrará así como *el orden de las cosas*, orden binario que reserva para las mujeres el *halago heteronormado* de una existencia “diferente”, un “complemento fundamental”: las madres serán el pilar moral de la familia y de ésta como modelo de comunidad, dependerán las naciones. Tal inscripción de género en la división de espacios, le develará como un principio de orden de las sociedades modernas según el cual el desorden doméstico devendrá desorden político.

Es así que Varikas (2006) afirma que no es ni la exclusión ni la incapacidad política de las mujeres lo que ha sido inaugurado por la división moderna de los espacios público y privado, sino que una *construcción aporética de las diferencias* que presenta como *causa* de la exclusión algo que en realidad no es más que su *justificación*. Así, en los sistemas de legitimación universalista, la exclusión no se explicita como tal y es en cambio invisibilizada por el argumento justificatorio de la “naturaleza diferente”. El fracaso ético de las sociedades modernas se cifra en esta cuestión: el opuesto de la igualdad, más que la desigualdad, ha sido la diferencia. En esa medida, la igualdad será entendida como un privilegio que, en la práctica, cada “diferencia” deberá demostrar merecer.

Tal construcción aporética de las diferencias es solidaria de la ideología del progreso a partir de la cual las luchas emancipatorias se entenderán como *luchas por una inclusión progresiva*, luchas de las que el feminismo ha formado parte desde el siglo XIX. Y es cuando el hecho vencedor se transforma en lógica de la historia (Riot-Sarcey, 1998) que la confianza en el progreso inevitable de la democracia puede ser entendida como catástrofe de lo político: si la injusticia y la dominación existen es porque aún no se ha “completado” el proceso democrático. Tal *anestésico*

político y moral (Varikas, 2006) banaliza las pasiones políticas de la multitud y devela la certeza como catástrofe.

1. Estrategias discursivas e iconográficas de la diferencia “mujer”

Pensar las relaciones entre “mujer” y “política” nos conduce a esta aporía que es animada por un doble movimiento: la exclusión del sujeto político “mujeres” y la inclusión de la simbólica de “lo femenino”. Es en esta línea que Jane Freedman se pregunta: “¿Por qué si las mujeres se encuentran en los márgenes del poder político real han sido elegidas por la iconografía para representar ese mismo poder?” (1997, 31).⁵

Tal cuestionamiento nos lleva a reflexionar sobre el “cuerpo femenino” y con ello, sobre esta “naturaleza diferente y complementaria” cifrada –finalmente– en la maternidad. Elsa Dorlin y Catherine Achin sostienen al respecto: “Los roles políticos han sido por mucho tiempo encarnados y definidos por los hombres, que han literalmente constituido el ‘cuerpo legítimo’ en política. Al contrario, el cuerpo de las mujeres en política no ha sido más que un ‘cuerpo alegórico’. El cuerpo femenino, debido a su función tradicional de personificación simbólica de la Nación, la Patria, la República, etc., siempre ha aparecido como significante de la política y de sus valores. Así pues, la feminidad remite siempre a otra cosa distinta que a sí misma” (2007).⁶

Evidentemente, la función metafórica del “cuerpo femenino” no es la misma en cualquier espacio ni en cualquier tiempo y se trata además, de una corporalidad incardinada –entre otras– por la clase social y la “raza”. En esta línea, lo que quisiera pensar es cómo la producción discursiva de la campaña presidencial de Michelle Bachelet exhibió este uso de “la buena feminidad nacional” a través de la retórica de las cualidades “específicamente femeninas”.

Se trataría de un modelo nacional de “mujer moderna”: madre-esposa, económicamente independiente, protectora de la vida, sostén afectivo y moral de la familia, consensuadora, orgullosa de su “diferencia de género” y físicamente deseable. Estas características serían integradas a partir de una normativa homeostática que afirma que el gran desafío de la mujer moderna es saber equilibrar sus roles de madre-esposa, mujer y trabajador de manera armoniosa y responsable.

Junto con la seguidilla de polémicas por corrupción que desde el 2002 tensiona a los gobiernos de la Concertación, el desgaste de la coalición tras 16 años de gobierno se hacía parte de los diagnósticos globales en relación a la “crisis de la representación política”. Es allí que se vuelven pertinentes las figuras de Soledad Alvear y Michelle Bachelet, ambas portadoras de un liderazgo “diferente” cifrado en cualidades “específicamente femeninas” que vendrían a “humanizar”, “renovar” y “limpiar” la política. La marca doméstica de estos verbos no implica que el discurso de la supremacía moral de las mujeres se detenga en la casa: éste “avanza hacia” la política.

Esta retórica no ha visto la luz en el siglo XXI sino que se remonta, entre otras, a la historia del feminismo occidental que se ha dirigido hacia el Estado-Nación como principal interlocutor. Se trata, sin embargo, de un discurso estratégico vigente que si ayer justificaba las luchas feministas por el voto y la educación, hoy justificará, por ejemplo, las luchas por la paridad. Quisiera insistir aquí en la que considero la arista política más importante de la cuestión: éste no es el único feminismo que ha existido en Chile y en Occidente, sino que se trata fundamentalmente del feminismo vencedor. Orientada la crítica hacia esa victoria, la convención feminista la silenciará no solo por ingrata sino que también por anacrónica. Pienso, sin embargo, que si la crítica tiene sentido es justamente porque la voz dirigida al Estado no fue ni es la única, porque también esa voz fue animada alguna vez por la insolencia, porque la palabra feminista, *lo personal es político*, resquebrajó las paredes de lo que se entendía por “política”, porque la radicalidad feminista insiste en poner en duda el optimismo de esa victoria.

En el discurso sobre la supremacía moral de las mujeres encontramos tanto elementos conservadores como progresistas, y esto lo vuelve un recurso para los arreglos políticos internos (la estabilidad de la alianza misma) y externos (los intercambios con la derecha, la elite económica y la iglesia católica) de los gobiernos de la Concertación. Sin posibilidad de ahondar aquí en el contenido y matices de ambos sustratos ideológicos, afirmaré que la fuente conservadora de tal discurso utiliza una conceptualización de la “diferencia mujer” en tanto que diferencia natural y biológica a partir de la cual se elabora la retórica halagadora de “la supremacía moral de las madres”. La fuente progresista, en

cambio, aunque también cifra la “supremacía” en las cualidades maternas, no siempre las explicitará como tales y utilizará esta retórica como estrategia de inversión de la valorización de “lo femenino” (anteriormente subvalorado) para justificar la demanda de reconocimiento e igualdad de las mujeres.

Dulong y Matonti (2005) cualifican la política mediática contemporánea como “profesionalización de la intimidad”, “disolución y psicologización de la política”. Así, citando la “configuración a tres polos” de Neveu (1997), los autores afirman que las condiciones de posibilidad de los discursos en el campo político actual, más que estrategias férreamente controladas, corresponden al producto de la interacción entre tres actores: los periodistas, el personal político y “la opinión pública” (sondajes). Propongo leer desde aquí la producción del discurso sobre la supremacía moral de las mujeres considerando algunas de las declaraciones y slogans que marcaron la candidatura presidencial.⁷

2. El Discurso de La Superioridad Moral de las Mujeres y la Campaña Presidencial de Michelle Bachelet

Iniciaré mi comentario con el slogan que el Servicio Nacional de la Mujer (SERNAM) levantó a fines del año 2003 a propósito de su campaña para potenciar la participación de las mujeres en el mercado laboral: *Chile necesita fuerza de mujer*. Cuando la ministra Cecilia Pérez retoma el slogan en el Día Internacional de la Mujer, el 8 de marzo de 2004, la derecha reacciona de manera enérgica denunciando una propaganda estatal disimulada a favor de las dos mujeres de la Concertación (ministra de relaciones exteriores y ministra de defensa) que ya venían liderando las encuestas de opinión pública. El 8 de marzo de 2005, Ricardo Lagos retomará el slogan con un tono bromista que vuelve a generar reacción en la oposición: *quizá el próximo año celebraremos el Día Internacional de la Mujer con una presidenta elegida (Discurso Oficial, 08/03/2005)*. Ya en este primer momento constataremos que en la política heteronormada una “buena feminidad” nos habla simultáneamente de una “buena masculinidad”. Rafael Otano y Claudia Lagos no afirman en vano que la frase “el gobierno soy yo” no hace más que coronar la estrategia de campaña permanente que convirtió a Lagos en “el presidente más mediático de

los tiempos modernos en Chile" (2005, 157). Es considerando la virilidad todopoderosa de Lagos que entenderé las precandidaturas de Alvear y Bachelet como una lucha por "la buena feminidad".

Bachelet es proclamada precandidata presidencial en noviembre del 2004. Los resultados de las encuestas de opinión anuncian la irrupción del *fenómeno Bachelet*.⁸ En cambio, Soledad Alvear será proclamada recién en enero de 2005 con altos niveles de resistencia de una parte de su partido liderada por otro demócratacristiano con ambición presidencial: Adolfo Zaldívar. Desde allí hasta el 24 de mayo de 2005, fecha en la que Alvear renuncia a su precandidatura (obediente a la tradición que desde 1989 lleva a la Concertación a presentar un/a candidato/a único/a), los medios de comunicación especularon sobre "la real preferencia" del presidente entre "sus" ex-ministras. Un hito que marca esta cuestión es el programa de Televisión Nacional del 15 de marzo de 2005 en el que Lagos sugiere que votaría por Bachelet y no por Alvear. Cuando al día siguiente Alvear es entrevistada, declara: "Vi con mucha atención lo que el Presidente Lagos señaló anoche en Televisión Nacional en una entrevista, sus expresiones me parecieron innecesarias e indebidas. *Yo que fui su ministra de Relaciones Exteriores y su jefa de campaña en la segunda vuelta no merezco esa actitud*" (Radio Universidad de Chile, 15/03/2005). El capítulo se cierra cuando Lagos intenta retractarse: *Tengo dos candidatas, ambas son espléndidas* (op.cit). El matiz sentimental de este pequeño incidente muestra la figura de Lagos como masculinidad autoritaria y paternal que a la vez mira y juzga: se trataría de la metáfora de un padre orgulloso que debe elegir entre "sus" dos hijas evaluando afinidades y méritos.

En un segundo momento, constatamos la necesidad de diferenciación y el consiguiente juego de identificaciones y contraidentificaciones entre las precandidatas. En el contexto mediático en el cual se despliega esta batalla, ambas candidatas se vieron enfrentadas a una sistemática evaluación corporal, signo inequívoco de la marca que "la diferencia de los sexos" traza de antemano para las mujeres políticas. Así, junto con el tono más familiar y el planteamiento de preguntas eminentemente sexistas,⁹ el peso, los ojos, la sonrisa, el peinado, la vestimenta, los gestos, el tono de voz, los movimientos, etc., serán cuestiones evaluadas y calibradas en la performance mediática de la feminidad. Dulong

y Matonti llamarán la atención sobre la característica ambivalente de la cuestión: el “buen cuerpo” de las mujeres políticas estará *siempre en proceso de devenir*. Efectivamente, un “cuerpo bello” no necesariamente será un “cuerpo legítimo” en política: “si las mujeres políticas deben hoy ser ‘mujeres’, se les prohíbe serlo demasiado” (2005, 300). Ni muy masculino, ni muy femenino, el cuerpo de las mujeres políticas no es jamás el “bueno”.¹⁰

Alvear afirma desde el comienzo que el eje de su campaña sería la familia, y es así que su primer slogan enunciaba: *Nuestro Chile, una Familia*. A comienzos de marzo, la frase cambiaría a: *Alvear avanza conmigo*. La frase era destacada en blanco sobre un fondo de amarillos, naranjas y rojos. La idea del “sol” que citaba el *sobrenombre* “Sole”, era remarcada por el líder de su comando, Marcelo Trivelli: “la idea tras la nueva imagen es la de *un sol que ilumina Chile*, donde prima la innovación y un nuevo proyecto de país. Lo que es Soledad Alvear es *calidez y fuerza*, por eso los colores ocre, *colores suaves, pero también es fuerza*, con esta forma de sol, de sol innovador” (*Radio Cooperativa*, 03/03/2005). Finalmente, cuando Alvear renuncia y comienza su exitosa candidatura senatorial, el slogan que la acompañará será *Confía en mí*.

Por su parte, al primer slogan de Bachelet que citará la raya cruzada del voto *Bachelet + para Chile*, le sucederá, como única candidata de la Concertación, el slogan: *Estoy Contigo*. La candidata lo justificaba así: “porque si yo soy elegida Presidenta, *quiero estar como gobernante al lado de las personas que no tienen poder*” (*El Mercurio*, 15/08/2005). La foto del slogan mostraba una foto frontal de la candidata en el inicio de una sonrisa, vestida de un brillante blanco angelical. Al lado de esta imagen se mostraban diversas fotografías: una mujer embarazada, un viejo, una joven, un padre con su guagua en brazos, un obrero de la construcción, un niño violinista, una mujer enferma de cáncer. Ricardo Solari enfatizaba: “Cada uno ofrece un concepto de lo que da: *el coraje, la fuerza, las herramientas, etc.*” (*El Mercurio*, 15/03/2005). Finalmente, durante la segunda vuelta con Piñera, el slogan será: *Por Chile, por la gente: Bachelet Presidente*.¹¹

Estos slogans nos muestran el uso de “la buena feminidad” como metáfora de intimidad, compañía, cuidado, confianza y calidez. Es citando este imaginario maternalista que opera el discurso de la supremacía moral de las mujeres como estrategia política cifrada en un liderazgo “diferente”.

Pero aunque las precandidatas adoptarán este formato común, intentarán también diferenciarse. Soledad Alvear se caracterizará desde el comienzo por un estilo más “agresivo” (Gamboa y Segovia, 2006), apostando por la retórica de la credibilidad, la seriedad, la objetividad, la experticia y la eficacia que tan buenos resultados le habían dado a Lagos. Bachelet en cambio potenciará “la simpatía” y “la proximidad” que habían sido las claves de su éxito mediático según las encuestas de opinión pública (*Revista Web Opinión Política*, 28/04/2005). Nuevamente es develada la necesidad binaria de los “justos contrapesos” en la lucha por “la buena feminidad”. El compromiso de Alvear con la familia —explícito y coherente con la tradición católica de su partido—, será contrapesado por las maneras “más masculinas” elegidas en nombre de la credibilidad. Por su parte, el laicismo y las “fallas” de Bachelet en relación a la feminidad católica tradicional, serán bien contrabalanceadas por su estilo eminentemente maternal.

Entre estas apuestas “femeninas” adversarias, la opción de Bachelet fue más acertada *a la luz* de la masculinidad de Ricardo Lagos. Es en relación a ese cuerpo incontestablemente legítimo que se organizarán las feminidades en juego. Y es justamente el carácter complementario que exige la masculinidad heteronormada a la “buena feminidad”, lo que define las cosas a favor de Bachelet. Efectivamente, el estilo más “agresivo” y “masculino” de Alvear al mismo tiempo que introducía un malestar en “la buena feminidad”, proyectaba una amenaza a la jerarquía de género.

La “buena feminidad” de Bachelet también puede ser pensada a través del marianismo como uno de los estereotipos femeninos más potentes en Latinoamérica. Se trata, tal como reiteraron los medios, de una doctora de blanco, mujer de izquierda, madre de tres hijos/as de dos padres diferentes, divorciada, agnóstica, hija de un general asesinado por la dictadura, ella misma torturada y exiliada junto a su madre. Sin profundizar en la tesis de Sonia Montecino (2007), tiendo a pensar que, efectivamente, el carácter sincrético e híbrido del estereotipo marianista mestizo vuelve coherente la mezcla identitaria “Bachelet” como iconografía exitosa. Conscientes de los matices esencialistas que puede introducir “el origen mítico de la nación” en una reflexión sobre las identidades, podemos al menos consignar la existencia de un estereotipo —cuya fuerza radica justamente en que es

inmediatamente reconocible y en que por su simplicidad permite reducir complejidad— a propósito del “mestizaje original” del español con la india violada.¹² La superioridad moral de la mujer quedaría cifrada según Montecino, en esta imagen de madre sola y abandonada que se sacrifica y cría a sus “huachos”, blanqueando de alguna manera la vergüenza del origen, haciendo prueba de coraje, fuerza y resistencia y deviniendo por ese gesto, madre todopoderosa.

En el caso de Bachelet, hablamos de una “buena feminidad nacional” que también cita la mezcla entre la pureza y el ultraje, entre vulnerabilidad y poder, entre vergüenza y orgullo. Se trata de una heroína que sufrió como el pueblo y que superó la desgracia, que venció los obstáculos, que se redimió y perdonó el pasado. Hablamos también de una madre sola y de una médica que promete curar las heridas de la patria. La “buena feminidad nacional” de Bachelet se cifra así, en su despliegue *como icono y encarnación de la Reconciliación Nacional*.

Sobre el tercer momento de la campaña, solo consignaré el conflicto Lavín-Piñera que deja a este último como candidato único de la Alianza por Chile en diciembre del 2005. Citado ese contexto, quisiera concentrarme en una de las frases más ilustradoras en relación a la estrategia discursiva de la supremacía moral de las mujeres.

En esta última etapa, Bachelet debió disputar con la “naturalidad” de la legitimidad política masculina y es allí cuando se reforzará el esencialismo estratégico. El diseño discursivo de Piñera, junto con dirigirse a la conquista del voto de centro —recordemos la retórica del “humanismo cristiano”—, intentaba convencer que el conflicto electoral no era entre Concertación y Alianza sino que entre dos personas entre las cuales claramente una tenía más capacidad que la otra (Gamboa y Segovia, 2006). Así, en más de una ocasión Piñera atacará frontalmente a Bachelet afirmando que para conducir un país “se necesitan mucho más que *buenas intenciones*” (*La Segunda*, 18/11/2005). Frente a esa ofensiva, los partidos políticos que apoyaban a Bachelet fortalecerán mediante declaraciones públicas su apoyo a la candidata, cuestión que replicará el presidente Lagos y a la que reaccionará nuevamente la derecha denunciando intervencionismo gubernamental en el electorado. Pero el “poder masculino” actuaba de manera legítima “blindando” con protección viril a la mujer atacada.

El cuestionamiento del liderazgo de Bachelet parece ser así, el contexto en el cual cobra sentido la declaración del 1º de enero de 2006, primer día de la franja presidencial televisada: *Quiero dirigirme a aquellos que no votaron por mí porque soy mujer... Científicas, ingenieras, trabajadoras, todas estamos acostumbradas a hacer el doble de esfuerzo. Siempre hemos tenido que rendir al cien por ciento, en la casa y en el trabajo, estar bien las 24 horas del día y por supuesto no tener dolores de cabeza... Cada familia es un reino, donde el padre reina pero la madre gobierna. Tu mujer, tu novia, tu hija o tu mamá se la pueden, lo demuestran todos los días de su vida... Traigo un liderazgo diferente, con la sensibilidad de quien mira las cosas desde otro ángulo* (Radio Cooperativa, 1/01/2006).

En primer lugar, quisiera remarcar la similitud discursiva entre la Bachelet del siglo XXI y la decimonónica Martina Barros Borgoño, que en sus memorias insistía en las cualidades “diferentes y complementarias” entre hombres y mujeres: “La mujer en cambio posee fuerzas morales, jamás superadas por el hombre, que constituyen su valer y su poderío. En el hogar ella debe ser la soberana, siempre que tenga las condiciones necesarias para imperar, y son esas precisamente las que ella debe cultivar” (Stuven, 2000). Desde la óptica de la ideología del progreso, el desplazamiento doméstico-público de la “superioridad femenina” en el arte de gobernar, es entendido como un “avance” en el camino progresivo de integración de “lo femenino” a la política. Sin embargo, la retórica de estas dos mujeres permanece intacta en términos políticos: la estrategia de la inversión de la valoración de lo femenino no subvierte las relaciones de poder de género.

La distinción entre el “reinar” del padre y el “gobernar” de la madre cita el modelo decimonónico de la familia y sus relaciones de reciprocidad y semejanza con el Estado. Tal ritualización de la familia es ritualización de una feminidad y de una masculinidad inscritas en el argumento de la naturaleza diferente y complementaria de los sexos, argumento y principio de orden heteronormado, binario y jerárquico que define un lugar preciso para cada quien. De esta manera la política de integración progresiva se devela patriarcal: las mujeres solo tendrán “permiso” de ser “mujeres políticas” en la medida en que permanezcan “femeninas” (Dulong y Matonti, 2005). El despliegue de las cualidades “propriadamente femeninas” en el espacio público es inofensivo

para la dominación masculina de lo político justamente porque tal despliegue no solo no pone en peligro, sino que reafirma la fuerza dicotómica de la “diferencia de los sexos”, división que es la clave misma de tal dominación.

3. Zona Temblor

El 15 de Enero de 2006, una muchedumbre de mujeres que compraron “a luca y a mil” una réplica de la banda presidencial, atiborraron las calles de Santiago.

Junto a algunas amigas feministas que aproblemadamente no votamos por Bachelet en la segunda vuelta, recorrimos las calles ese día asistiendo como espectadoras a un triunfo que no era el nuestro, pero que parecía ser el de miles de mujeres. Nos gustó verlas así, triunfantes por las grandes alamedas. Una parte de nosotras hubiera querido festejar con ellas.

El 15 de Enero de 2006, Michelle Bachelet pronunciaba estas palabras en su “discurso triunfal”: “La violencia entró en mi vida destrozando lo que amaba. Porque fui víctima del odio, he consagrado mi vida a revertir ese odio y convertirlo en comprensión, en tolerancia y por qué no decirlo, en amor (...) Siento que de alguna manera inexplicable estoy cerca de él [su padre], intuyo que *todos los padres que están aquí, que todos los hombres que son padres y me escuchan, saben lo que es el amor y la lealtad de una hija*” (*La Nación*, 15/01/2006).

No es de la persona “Michelle Bachelet” (una mujer progresista que nunca se ha declarado públicamente feminista) que creo que nos corresponde esperar una subversión de la iconografía de la madre pública. Lo que inquieta es que pareciera que la única voz feminista audible es aquella que decide por esta estrategia de empoderamiento y construcción de identidad colectiva. Llama la atención que la oportunidad discursiva que representó la candidatura presidencial de Bachelet haya sido desaprovechada por polos de radicalidad feminista. ¿Es que existen esos polos? ¿Les interesa producir un discurso público? Mi experiencia como militante es que en el Chile postdictatorial existen feminismos adversarios entre sí, pero que tales feminismos no logran hacer de sus diferencias un recurso o un motor productivo de realidades, afinidades y conflictos. Es en esa medida que me acerco al

argumento eje del libro de Ríos, Godoy y Guerrero (2003), pero me distancio de su conclusión.

En términos generales, las autoras sostendrán que las feministas de la generación dictatorial actuaron en bloque y con un objetivo antiautoritario que se expresaba como lucha contra la dictadura y como crítica sostenida a los partidos tradicionales de izquierda y su “incapacidad para incorporar a las mujeres en su utopía revolucionaria” (Ríos, Godoy y Guerrero, 2003, 44).

Este objetivo común al interior del movimiento feminista y entre el movimiento feminista y el movimiento de mujeres habría tenido su precio: poner entre paréntesis las diferencias entre estas mujeres. Una vez en democracia, sin embargo, son tales diferencias las que se desplegarían con toda la carga de su conflictualidad. Aunque el registro de las diferencias es múltiple (clase, raza, formación universitaria, intereses y prioridades políticas, sexualidad, la cuestión del centro y las provincias, etc.), las autoras afirman que es el eje de la institucionalidad v/s la autonomía el que expresa de mejor manera la relativa incapacidad de las feministas para trabajar a partir de “sus diferencias” en la postdictadura.

Ríos, Godoy y Guerrero dividen y analizan esta cuestión en tres periodos: “la búsqueda de la unidad” (1990-1993), “la profundización de las diferencias” (1994-1996) y la pregunta sobre la posibilidad de un “nuevo silencio feminista” (1997-2002). Sin embargo y a pesar de “una cierta atomización del movimiento”, las autoras rechazarán la hipótesis de “un nuevo silencio feminista” como clave de lectura para interpretar el momento presente, y afirmarán en cambio que la particularidad del feminismo postdictatorial es justamente que no tiene un único centro de gravitación ya que por primera vez en la historia, las diferencias entre las identidades políticas feministas se han vuelto explícitas. Así, concluyen: “el feminismo chileno de hoy sería el producto de la suma: feministas + lesbianas + jóvenes + autónomas + “sueltas” + de la diferencia + de la igualdad + socialistas + una infinidad de otras inscripciones, corrientes e identidades” (2003, 321-322).

Me parece que tal conclusión es optimista y autocomplaciente: dos características que también asocio a la ideología del progreso en general. Mi impresión es que las diferencias entre feministas no han logrado plasmarse en propuestas públicas que vivan de la tensión política entre conflicto y afinidad.

Resistiéndose al diagnóstico de la *desmovilización* y optando por la *transformación* como clave interpretativa del movimiento feminista postdictatorial, pienso que las autoras participan de un voluntarismo político en la medida en que presentan el feminismo actual como un arcoiris que celebra las diferencias por ellas mismas, como si sumándose unas a otras e “integrándose” en el arcoiris, negaran su propia atomización y reificación.

Qué duda cabe que el esencialismo ha sido y es una táctica que ha permitido logros valiosísimos para el movimiento de mujeres y feminista. Qué duda cabe que la maternidad puede ser una poderosa fuente de recursos existenciales. De lo que sí caben dudas en cambio, es de la capacidad de lucha de un movimiento social por el derecho político de existir de TODA mujer y de todo aquello que tenga rostro humano. Porque es por el mismo gesto tácito o explícito de instauración de “la buena feminidad” familiarista de la reconciliación nacional, que aparecen en un juego de espejos las “malas feminidades” y los “malos feminismos”.

La pregunta que dejo abierta es por una estrategia política que articule un acercamiento y un *distanciamiento* de la categoría “mujer” junto con la memoria de lo posible evocada por “el misterio de la palabra *compañero/a*”. Me refiero a las posibilidades de una “política de interrupción del sentido común” (Castillo, 2008) para la generación de feministas postdictatoriales. La invención de estrategias que desmientan la tranquila llanura de “la política de la mujer”. Interrupciones que a mi juicio portarían una oportunidad radical: el desacato a la inclusión por la vía del “ser complemento de”, la viga ideológica sobre la que reposa la división publico-privado en tanto llave maestra de la política moderna.

Notas

- 1 Doctoranda en Ciencias Políticas, Universidad Paris VIII.
- 2 Para toda cita de Eleni Varikas, soy yo quien traduce.
- 3 Una expresión de catástrofe que durante los últimos años democráticos ha interrumpido la tranquilidad de este “buen transeúnte”, es introducida por el gesto radical de quemarse a lo bonzo *frente a la Moneda*: Francisco Méndez –trabajador pesquero, intento el 25 de noviembre 2005–, Jacinto Montecinos –deudor habitacional, intento el 4 de enero del 2007–, Eduardo Miño: militante comunista

enfermo de asbestosis que se quema a lo bonzo el 30 de noviembre del 2001. La carta pública en la que explica su acción es una expresión de desolación total frente al poder hegemónico de las grandes empresas y la pasividad complaciente del gobierno: “Mi alma que desborda humanidad ya no soporta tanta injusticia”, es su última frase. Si la categoría “Postdictatorial” no está en juego, no hay manera de comprender esa “percepción paria” que vivencia la puesta en duda de la propia humanidad.

- 4 Según algunas pensadoras feministas, uno de los documentos centrales para el análisis de la cuestión en los 90 fue la polémica carta de Carlos Oviedo en 1991 titulada “Moral, Juventud y Sociedad Permisiva”, en la que el ex-arzobispo enuncia la tesis de la “crisis moral” en Chile. Para Grau (1997), junto con la tradición de poder que la iglesia católica ostenta en Chile, es la legitimidad ética que ésta acumula en tiempos de dictadura al sumarse a la lucha por la defensa de los derechos humanos, lo que le permite reposicionarse de manera tan eficaz en la postdictadura. Sobre el documento de 1991, Olea afirma: “La carta aparece en momentos de construcción de agendas públicas para la democracia, de negociaciones múltiples, de reorganización de la vida privada y pública. Momento en que la iglesia hace oír fuerte su voz de poder determinante en la negociación de valores que constituirán la cara de la democracia” (1999: 58-59).
- 5 Soy yo quien traduce.
- 6 Soy yo quien traduce.
- 7 En estas frases y slogans, todas las cursivas y destacados son míos.
- 8 La imagen televisada a partir de la cual la prensa comienza a hablar del “fenómeno Bachelet” se remonta a las inundaciones que sufrió Chile durante el 2002. La entonces ministra de Defensa apareció montada en un tanque visitando las zonas anegadas y en actitud de “todo bajo control”. La imagen de Bachelet en un tanque se repite en la parada militar, al lado de Ricardo Lagos.
- 9 Un hito al respecto fue protagonizado por Consuelo Saavedra, en el primer debate entre Bachelet y Alvear. Allí, la periodista preguntará a Alvear por qué su marido y el presidente de su partido se encuentran ausentes en la ocasión. Además, Saavedra reinstalará el cuestionamiento del que ya había sido objeto Bachelet como ministra de Defensa durante el 2003, a propósito de su ex-relación con un militante del Frente Patriótico Manuel Rodríguez. Citando esta ex relación en el debate, la periodista pedirá a Bachelet una toma de posición en relación a si la democracia tendría alguna deuda con la lucha armada contra la dictadura (*Radio Cooperativa*, 28/04/2005).
- 10 Un incidente interesante de señalar al respecto se relaciona con el intento de Lavín (establecido ya el diagnóstico que su tradicional

“voto femenino” se debilitaba por las pre-candidaturas de Alvear y Bachelet de “feminizar” su campaña: “*la mujer está en el corazón del Chile que yo quiero*”, afirmaba (*Revista Web Terraviva*, 11/02/2005). El abanderado nombrará a Cristina Bitar como jefa de campaña y presentará a Lily Pérez y a Jacqueline van Rysselberghe (dos de las mujeres más mediáticas de la Alianza por Chile) como los “rostros oficiales” de la campaña. En esta ocasión, Rysselbergue, intentando situar en otro sitio las coordenadas de la lucha por “la buena feminidad”, se permitirá una declaración notable: “*ser inteligente no significa necesariamente ser gordita y fea... es cuestión de vernos para darse cuenta que ni las dos juntas (con Lily Pérez) hacemos el peso de una sola de ellas*” (*Revista Web Terraviva*, 11/02/2005).

- 11 Es interesante consignar que en la primera vuelta la propaganda en general aludía a Bachelet como “presidentA” y en la segunda vuelta (en competencia con la masculinidad legítima de Piñera), como “presidentE”.
- 12 Con Bachelet ya proclamada como presidenta, Montecino consignaba en una entrevista el “neo-marianismo” de Bachelet. “Neo” cifrado en el matiz “moderno” adjunto a la simbólica marianista: “...esta es una mujer que no se quedó en la casa, ni mucho menos, sino que *es una profesional que representa una cara moderna*” (*La Nación*, 19/02/2006).

Bibliografía

- Achin, Catherine y Elsa Dorlin. “J’ai change, toi non plus. La fabrique d’un-e Présidentiable : Sarkozy/Royal au prisme du genre.” *Mouvements.assu.fr*. Marzo, 2007 <http://www.mouvements.asso.fr/spip.php?article42>
- Barros, Martina. *Recuerdos de mi Vida*. Santiago: Editorial Orbe, 1942.
- Castillo, Alejandra. “El Feminismo como una Política de lo Múltiple.” Exposición presentada en el coloquio *¿Por qué Feministas?*, organizado por el Circo Feminista. 7 de Marzo 2008 - ICAL.
- Julieta Kirkwood. *Políticas del Nombre Propio*. Santiago: Palinodia, 2007.
- Delsing, Riet. “La Familia: el Poder del Discurso”. En Grau, Olga, comp. *Discurso, Género y Poder*. Santiago: LOM, 1997.
- Dulong, Delphine y Frédérique Matonti. “L’indépassable ‘féminité’. La mise en récit des femmes en champagne.” En Lagroye, Jacques, comp. *Mobilisations Électorales. Le cas des élections municipales de 2001*. Paris: PUF, 2005.
- Freedman, Jane. *Femmes Politiques: Mythes et Symboles*. Paris: L’Harmattan, 1997.
- Gamboa, Ricardo y Carolina Segovia. “Las Elecciones Presidenciales y

- Parlamentarias en Chile. Diciembre 2005-Enero 2006." *Revista de Ciencia Política*. Vol. 26, 1 (2006).
- Grau, Olga, comp. "Familia: un grito de fin de siglo." *Discurso, Género y Poder*. Santiago: LOM, 1997.
- Laqueur, Thomas. *La Fabrique du Sexe*. Paris: NRF, 1992.
- Marchant, Patricio. "Desolación. Cuestión del nombre de Salvador Allende." En Oyarzún, Pablo y Willy Thayer, ed. *Escritura y Temblor*. Santiago: Cuarto Propio, 2000.
- Montecino, Sonia. *Madres y Huachos*. Santiago: Catalonia, 2007.
- Olea, Raquel. "Femenino y Feminismo en Transición." *Revista Encuentro XXI*. 15 (1999).
- Otano, Rafael y Claudia Lagos. "Los medios en los años de la videopolítica." En Fazio, Hugo, et al. *Gobierno de Lagos: Balance Crítico*. Santiago: LOM, 2005.
- Riot-Sarcey, Michelle. *Le réel de l'utopie. Essai sur le politique en France*. Paris: Albin Michel, 1998.
- Ríos, Marcela, Elizabeth Guerrero y Lorena Godoy. *Un nuevo silencio feminista?: la transformación de un movimiento social*. Santiago: Editorial Cuarto Propio, 2003.
- Ruiz, Carlos. "La Familia en el Pensamiento Conservador". *Revista de Filosofía*. Vol. XLVII-XLVIII (1996).
- Stuven, Ana María. "Feminismo y Feminidad: Martina Barros de Orrego a 150 años de su muerte". *El Mercurio*, 9/07/2000.
- Varikas, Elena. *Penser le Sexe et le Genre*. Paris: PUF, 2006.